

Didac P. Lagarriga

DE TU HERMANO MUSULMÁN

CARTAS DE HOY A CHARLES DE FOUCAULD

Prólogo de Javier Melloni

Epilogo de Pablo d'Ors

FRAGMENTA EDITORIAL

ÍNDICE

Publicado por	FRAGMENTA EDITORIAL Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª 08024 Barcelona www.fragmenta.es fragmenta@fragmenta.es
Colección	FRAGMENTOS, 39
Primera edición	DICIEMBRE DEL 2016
Dirección editorial	IGNASI MORETA
Producción editorial	ELISENDA SEVILLA
Producción gráfica	INÈS CASTEL-BRANCO
Impresión y encuadernación	ROMANYÀ VALLS, S. A.
© 2016	DÍDAC P. LAGARRIGA por el texto
© 2016	JAVIER MELLONI RIBAS por el prólogo
© 2016	PABLO d'ORS por el epílogo
© 2016	FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. por esta edición
Depósito legal	B. 21.725-2016
ISBN	978-84-15518-57-0



Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Con el apoyo del Departamento de Cultura
de la Generalitat de Catalunya

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

<i>Prólogo</i> , por JAVIER MELLONI	7
<i>Agradecimientos</i>	11
Carta 1	15
Carta 2	25
Carta 3	35
Carta 4	51
Carta 5	61
Carta 6	69
Carta 7	79
Carta 8	85
Carta 9	89
Carta 10	99
Carta 11	103
Carta 12	109
Carta 13	115
Carta 14	121
<i>Epílogo: Un padre del desierto para hoy. Las siete palabras de Charles de Foucauld,</i> por PABLO d'ORS	129

PRÓLOGO

Javier Melloni

«LA VIDA NO DEJA que la expliquemos», leemos en un lugar de estas páginas. Sin embargo, no es otro el tanteo y el intento de este libro: explicar el itinerario existencial de su autor. Tal es el frágil y tembloroso poder de la palabra, receptáculo del don de entretejer lo disconexo, de manera que la errancia de la vida humana se convierta en relato y en camino.

Por otro lado, ¿qué misteriosas conexiones existen entre ciertos seres humanos que nos vinculan más allá del tiempo y del espacio? ¿Qué afinidades del alma hacen que se den ciertos lazos sin que nosotros los elijamos? Tal es el caso de estas cartas, recurso literario que utiliza este joven autor para ponerse en comunicación con Charles de Foucauld, distante un siglo en el tiempo y distante también en el espacio, ya que miles de kilómetros separan Barcelona de la ermita de Assekrem, cerca de Tamanrasset, en el suroeste del macizo del Ahaggar, en el sur de Argelia, donde Foucauld vivió los últimos años.

Lagarriga va narrando a Charles de Foucauld el proceso de su vida y las razones de su incorporación al islam —no le gusta la palabra *conversión*, porque no siente que exprese su proceso. Con gran calidad de sensibilidad y de escritura, a lo largo de estas páginas se va tejiendo una autobiografía, impulsada por la necesidad que todos tenemos de decirnos a nosotros mismos. El autor, dirigiendo estas cartas a Charles

de Foucauld, en verdad se las envía a sí mismo y también a los lectores que las van a leer. Lagarriga ha elegido al ermitaño de Tamanrasset porque siente muchas afinidades con él. Lo ha elegido para explicarnos a los demás el porqué de su opción por el islam como vía espiritual. Teniéndolo como interlocutor vence el temor y la timidez de compartir el tesoro que ha descubierto sabiendo que entenderá de qué le está hablando. Es su *alter ego*. Pero también es el otro. No se trata de un monólogo. Lagarriga tiene la honestidad de dejar hablar a Charles de Foucauld. Le da la palabra, dialoga con él, introduce palabras suyas y episodios de su vida con gran tino. El comienzo de cada carta está encabezado por una cita de sus escritos. La elección de estas citas es exquisita. Esto significa que Dídac conoce a Charles y ha sabido recoger lo más valioso de su experiencia de fe. Charles de Foucauld no es solo un recurso literario. Tiene personalidad y vida propias. En su encuentro con él, Lagarriga crece en lugar de repetirse.

El valor de estas páginas radica también en que, además de ser un testimonio autobiográfico, nos adentran en la intimidad de un diálogo interreligioso. Son palabras de un musulmán dirigidas a un cristiano que se convirtió al cristianismo gracias al islam, cuando en sus años de increencia Charles de Foucauld hizo de cartógrafo militar en el Marruecos profundo y quedó impactado por la fe de aquella gente. Su oración más conocida («Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea, te doy las gracias...») es una entrega absoluta a Dios, un total «sometimiento», tal como significa *islam*. Tales son las afinidades que existen entre el emisor y el destinatario de esta correspondencia.

En el caso de Lagarriga, su descubrimiento del islam tiene un pasaje insólito: se produce a través de los ritmos populares

ancestrales, especialmente de la música africana, pero también del *hip hop*, el flamenco y algunas músicas de Asia. Hijo de la intemperie, a través de percepciones y recuerdos entrañables nos va comunicando su fascinación por una religión sin intermediarios, «donde el Texto está por encima de cualquier imagen». Se da en él el requerimiento de corporizar la vivencia espiritual. En varias ocasiones menciona su necesidad de establecer un vínculo entre lo «interior externo» y lo «exterior interno». Es decir, experimenta un impulso que busca concretarse tangible y definidamente; si no, queda incompleto. Ello lo lleva a abrazar la comunidad religiosa islámica, con todo lo que implica de asumir su componente social y cultural, así como de comprometerse con unas prácticas muy concretas: las posturas diarias de la oración, la experiencia asidua del ayuno, la adopción de un nuevo nombre, etc. Carta tras carta, Dídac Lagarriga nos ayuda a descubrir la otra cara del islam, el islam silente y místico que ha dado vida a múltiples generaciones, las cuales no han hecho ruido y no han dañado nada ni a nadie; al contrario, han embellecido la tierra con su fe.

Pero todavía hay más aspectos valiosos en estas páginas. A lo largo de esta «correspondencia» van apareciendo muchos temas, todos tratados con una sensibilidad exquisita, casi perturbadora de tanta delicadeza con la que brotan. Van apareciendo diversos aspectos y escenarios de la vida ordinaria compartidos a media voz. La cotidianidad queda transfigurada: las bibliotecas públicas se convierten en santuarios; el encuentro con la vecindad, en consideraciones sobre geopolítica internacional; el agua de la ducha, en reflexiones sobre nuestra sociedad de la abundancia; los olores de la calle, en una celebración de los sentidos; el acto de escribir, en una erudición sobre el arte de la caligrafía; etcétera.

En esta escritura extremadamente destilada aparecen frases que son verdaderas sentencias: «El rito no es la imposición, sino la posibilidad»; «Quien espera, absorbe»; «No es sencillo modificar la inercia»; «De la tierra al cuerpo hay solo una inhalación». Muchas de sus consideraciones pueden ser leídas a diferentes niveles, según la hondura del lector: «Cuando el día se levanta, esparce entre los despiertos toda la potencialidad de la expansión.» Así son la escritura y la mirada de Lagarriga, conjuntadas en un modo de ser ante el mundo y en el mundo: sensibilidad para contemplar un amanecer, determinación de estar en vela para verlo y hondura para convertirlo en metáfora de una luz y de un despertar más plenos.

A medida que se va acercando el final del libro, uno siente un creciente deseo: que estas cartas no terminasen, que Dídac Lagarriga continuara compartiendo con Charles de Foucauld —con nosotros— sus recuerdos del pasado, sus hallazgos del presente y sus vislumbres del futuro. Pero en algún momento hay que saber terminar y está bien que lo sepa hacer sin demorarse.

Quisiera añadir algo antes de que el autor tome la palabra. Todas sus cartas terminan con conmovedoras palabras de agradecimiento por haber podido conversar con Charles. Como lector de esta peculiar correspondencia, no puedo sino terminar también yo agradeciendo estas páginas cálidas y valientes de quien no teme exponerse narrando su propio proceso espiritual. Además ejercen un poderoso efecto en el lector: estimulan a retomar los retazos de la propia biografía para tejer con ellos un tapiz similar al que ha sido puesto bajo nuestros pies. Gracias, Dídac, porque tienes el don de hacerte amigo y hermano de quien te lee.

AGRADECIMIENTOS

SOY CONSCIENTE DE QUE estas cartas llegan algo tarde si nos atenemos a un tiempo fraccionado y a una concepción de la historia lineal y progresiva. Sin embargo, también podemos entrar en un ámbito mucho más poroso que, sin ser atemporal, entiende el tiempo de otra manera. «Yo soy el tiempo», dice un *hadiz qudsi*.¹ Las cartas son un vehículo particular, con la capacidad de llegar más allá de su destinatario. Si cualquier texto deviene autónomo, cuando este se inserta en una misiva, fortalece todavía más su capacidad autónoma. Mensajes en botellas lanzadas al mar, sobres enviados al desierto, correos electrónicos recorriendo laberintos de ceros y unos... Lo inesperado, a veces, lleva sello.

Las cartas que reúne este libro podrían ser de silencio. Cartas de silencio en sobres de aire. Están dirigidas a Charles de Foucauld (Estrasburgo, Francia, 1858 – Tamanrasset, Argelia, 1916), místico contemplativo y referente contemporáneo de la llamada *espiritualidad del desierto*. Su personalidad polifacética se manifestó en su carácter de militar en Argelia y de explorador y geógrafo en Marruecos y, más tarde, en su búsqueda espiritual. Su itinerario trapense por Francia y

¹ Los *hadiz qudsi* son los dichos transmitidos por el profeta Muhámmad en los que normalmente Dios habla en primera persona y que el mismo profeta no quiso que fueran incluidos en el Corán.

el Imperio otomano, en búsqueda siempre de una mayor pobreza, lo llevó a vivir tres años en Nazaret, tiempo durante el cual vio claro que tenía que dejar la Trapa y vivir su sacerdocio como ermitaño-misionero en el Sahara argelino, donde transcurrieron los últimos quince años de su vida.

Estas cartas fueron escritas en Barcelona a lo largo de algunos años, y su publicación coincide con el centenario de la muerte de su destinatario y también con el cuarenta aniversario del nacimiento de quien esto escribe. Fechas señaladas, a la vez que etéreas si las enmarcamos en este tiempo más vasto, incalculable.

Es momento de agradecer. Agradecer, primero, a Charles de Foucauld por su disposición y apertura, que continúan latiendo a lo largo de geografías y momentos. A su legado, su mirada y su hermandad, sin los cuales muchos recorridos y experiencias posteriores no hubieran sucedido. A él está dedicado el libro. Un gran abrazo agradecido, también, a Javier Melloni y Pablo d'Ors, cuyos textos abrazan, a su vez, estas cartas. Al editor Ignasi Moreta y su equipo de Fragmenta por su plena disposición y por posibilitar la publicación. A mi familia y amigos que han leído y comentado las cartas, y que participan en ellas pintando con luz retazos de esta vida. Como las cartas quieren, además, contribuir a tejer complicidades entre mundos que otros desean enfrentados, desde aquí agradezco también a todas aquellas personas y entidades que trabajan para que los diálogos sean algo más que obligadas puestas en escena, y den frutos indispensables en un Mediterráneo, lamentablemente, más muro que mar. Gracias también a ti, lector y lectora, por disponerte a abrir los sobres-capítulos: que la paz sea con vosotros.

*Encontrarás, ciertamente, que los más amigos
de los creyentes son los que dicen: «Somos cristianos.»
Es que hay entre ellos sacerdotes y monjes
y no son altivos.*

CORÁN 5:82

I

*Quiero habitar a todos los habitantes,
cristianos, musulmanes, judíos e idólatras,
a que me miren como a su hermano,
como el hermano universal.*

CHARLES DE FOUCAULD
Enero de 1902

APRECIADO CHARLES,

leo que te sientes el hombre más acompañado pese a tu soledad y aislamiento. Que son las cartas recibidas a lo largo de estos años de residencia en el Magreb las que logran romper con la rutina de estar siempre con uno mismo. Cartas que recibes y que escribes a tu prima, a tus mentores, a tus amigos y conocidos... Espero que esta que recibes ahora de mi parte no te moleste. Si no te importa, te tutearé. Con el máximo respeto que esto implica cuando se desvanecen los formalismos.

Me he propuesto escribirte de vez en cuando, hacerte algo de compañía sin que me lo hayas solicitado. Permíteme inmiscuirme con el silencio que implica un sobre cerrado y una carta sin desplegar. Lo inesperado, incluso lo incómodo, qué bien nos sienta, ¿no crees? Cartas de agradecimiento y reconocimiento, de comunión íntima. Si tuviera que

reunir este propósito en una frase, diría «sin yo pedirlo». Sin yo pedirlo porque las cosas vienen así, sorprendidas. Sin yo pedirlo también imaginado en tu boca, como tantas otras veces ocurre en tu trayectoria, donde te has visto envuelto en muchas situaciones y experiencias que no pediste, a veces incluso que no quisiste.

Permíteme que comparta contigo vivencias y ocurrencias que surgen a este lado del Mediterráneo, más alejado en tiempo que en espacio. Sí, en efecto nos separa el tiempo, un siglo aproximadamente. Y sí, la forma en que me responderás no será siempre directa, sino a través de los escritos que publicaste, de cartas dirigidas a otros y de biógrafos aventurados y atraídos por tu figura. Figura frágil, claro. ¿Qué es un siglo más que el tiempo que uno gasta en pronunciar *siglo*? Alguien podría objetar: ¿cómo un vivo va a escribirle cartas a un muerto? Aunque, si un tiempo no es lineal, ¿quién es el vivo y quién el muerto?

Todavía no me he presentado. Soy un musulmán catalán nacido en la otra orilla del Atlántico hace treinta y nueve años. Me cuesta escribir esta última frase. Etiquetarme así, sin más. El otro día una mujer cristiana que me recuerda a tu amada prima me presentó a su hermano con esta misma etiqueta. Mirándome con simpatía de arriba a abajo, el hombre exclamó: «Sí que pareces musulmán, todos tenéis esta tranquilidad y equilibrio, bueno, al menos los que yo conozco...» La imagen que sale en los medios es muy distinta, continuamos siendo bárbaros. Desgraciadamente, algunos musulmanes, ya desde los primeros, barbarizan al bárbaro y lo difunden a toda voz, para que el reacio se arme de razones. Charles, ya conoces los tiempos que nos ha tocado vivir, probablemente convulsos como siempre. El tiempo convulso no

conoce fecha, pues en todo encuentro hay esa tensión. Y la tensión máxima se da en el encuentro con uno mismo. No necesitamos escapar, sino vivir intensamente la extrañeza que nos provoca esta tensión del encuentro. Tensión que, por naturaleza, viene de la distensión y vuelve a ella. En este sentido, la tensión es temporal, pasajera. Somos pasajeros tensados en cada encuentro, en cada roce. La palabra destensa porque venimos de ella y a ella vamos. Y Dios en todo ello.

De toda la exterioridad que nos ofrece la sociedad, la tensión que genera odio, exclusión, que derrama sangre, ayer como hoy. Te miro a los ojos gracias a algunas fotos que me han llegado y veo ya tu falta de tensión para dar paso a la atención. Atención plena que compartes y repartes, aunque aquí solo me llegue en forma de mirada. Si es que esto es poco. Charles, empiezo estas cartas agradeciendo. Escribo cada palabra agradeciendo. A cada tensión, a cada encuentro fortuito, cambio lo desafortunado por lo agradecido, al menos lo intento. Gracias por estar aquí, mirándonos, dejándote mirar.

¿Hace falta interponer una misiva en un lazo visual, fijo? ¿Hace falta salpicar con tinta este íntimo recorrido entre dos almas? Tu respuesta me llega algo después de plantear estas preguntas, en forma de carta que dirigiste, en primer lugar, al padre Huvelin ese miércoles 14 de agosto de 1901:

Dios es más grande, más grande que todo lo que podemos enumerar. Él solo, al fin y al cabo, merece nuestros pensamientos y nuestras palabras. Si usted se molesta en leerme y si yo rompo, para escribirle, el silencio del claustro, es para ayudarnos mutuamente a conocerlo y servirlo mejor. Todo lo que no nos conduce a esto, a conocer y servir mejor a Dios, es tiempo perdido.

Engullo tu biografía novelada que escribió Pablo d'Ors¹ y que me ha prestado una amiga. También leo el clásico de Jean-François Six² y los comentarios de René Bazin.³ Siento como tu vida transcurre ahora por mis venas, tus anécdotas afloran en mis poros. ¿Puedo contarte algo de la mía? Breves recuerdos para tus tardes de polvo y sol... Sin más. Eres un monje cristiano viviendo, sí, viviendo —más que residiendo— en tierras de islam. Siento mi cuerpo como ese libro de historia donde se narran este tipo de encuentros y desencuentros. Exilio interior, desarraigo, nomadismo imperceptible. Resido en Barcelona, y siempre, siempre, me preguntan: «¿Eres de aquí?» cuando comento que soy musulmán. «Aquí», cual losa convertida en piedra para lanzar contra «allí»...

Te preguntarás tal vez cómo ha sido este proceso por el que un día llegué a afirmarme musulmán. Puede que la respuesta no te sea muy lejana, si no me equivoco tú mismo también te lo planteaste a medida que accedías a todo el legado islámico. Massignon, compañero que compartimos, tiene bastante que decir sobre este tema; quizá ya te lo haya contado él mismo en una de las muchas cartas atemporales que, espero, continuéis intercambiando. Pero el episodio de Massignon te lo contaré más adelante, si no te importa. Digamos que mi viraje desembarcó en un puerto llamado *islam*, al que veo jardín, pero también sembrado de espinos y trampas, de espejismos y aromas todavía por descubrir.

1 Pablo D'ORS, *El olvido de sí*, Pre-Textos, Madrid, 2013.

2 Jean-François SIX, *Carlos de Foucauld. Itinerario espiritual*, Herder, Barcelona, 2001.

3 René BAZIN, *Escritos espirituales de Carlos de Foucauld*, Herder, Barcelona, 2000.

En lo general, y no quiero parecer presuntuoso, no creo que nos diferenciamos en tantas cosas. Nadie se diferencia en su esencia. Nos empeñamos en nombrar, etiquetar, ritualizar. Es nuestro deber, supongo que no sabemos hacerlo de otro modo. Hace años yo mismo pude haber escrito lo que confesabas en una carta dirigida a tu amigo Castries en 1901: «El islam ha producido en mí una profunda conmoción. Conocer esta fe, estas almas vivas en la continua presencia de Dios, me ha hecho entrever algo más grande y más verdadero que las ocupaciones mundanas... Es extremadamente seductor: me ha seducido en exceso. Me gusta mucho por su sencillez, sencillez de dogma, sencillez de jerarquía, sencillez de moral.»

Sin embargo, yo no tenía una prima como la tuya, tan dispuesta a mostrar la vía cristiana de la que sin duda me habría enamorado, ni a un padre Huvelin...⁴ A menudo creo que el islam me permite ser ese monje cristiano anhelado de mi adolescencia, sin por ello renunciar a una vida *normal*, si es que esto tiene algún sentido. *Normal*, para mí, es sentirme identificado con «ese rabí azotado por la pobreza, que se esforzaba por concentrarse en sus *responsa halájicas*, en una casita con goteras en el tejado, repleta de criaturas chillonas, y con la *rébbetsin* farfullando sus justificadas quejas de esposa», como escriben Amos Oz y Fania Oz-Salzberger, quienes se preguntan: «¿No sentirá nunca este rabí una pizca de envidia del rechoncho clérigo en su silenciosa casa parroquial, allá al extremo de la empinada calle?»⁵

4 El sacerdote Henri Huvelin fue confesor y acompañante espiritual de Charles de Foucauld durante veinticuatro años.

5 Amos OZ / FANIA OZ-SALZBERGER, *Los judíos y las palabras*, Siruela, Madrid, 2014, p. 36.